

ANA BETANCOURT, PRECURSORA DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Por NIDIA SARABIA

AL festejar una vez más el Día Internacional de la Mujer, instituido por la luchadora feminista Clara Zetkin el 8 de marzo de 1910, recordamos ante todo a las mujeres del heroico pueblo de Viet Nam que tan brillante papel están desempeñando en la guerra contra el imperialismo yanqui.

A través de ese recuerdo nos vienen las cubanas que a partir de la Guerra de los Diez Años, marcharon al campo insurrecto con sus esposos, hijos y familiares para enfrentarse al poderío del colonialismo español en Cuba en 1868.

Sería prolijo enumerar a todas las cubanas que, de una forma u otra, lucharon por la independencia de Cuba. Martí decía de Mariana Grajales: "...recuerdo que cuando se hablaba de la guerra en los tiempos en que parecía que no la volveríamos a hacer, se levantaba bruscamente, y se iba a pensar, sola; ¡y ella, tan buena, nos miraba como con rencor! Muchas veces si me hubiera olvidado de mi deber de hombre, habría vuelto a él con el ejemplo de aquella mujer. Su marido y dos hijos murieron peleando por Cuba, y todos sabemos que de los pechos de ella bebieron Antonio y José Maceo las cualidades que los colocaron a la vanguardia de los defensores de nuestras libertades".

Las precursoras suman gran número de patriotas a lo largo de 30 años por la conquista de la independencia. Próximo a celebrarse el Centenario de la Guerra Grande, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de Octubre de 1868 en La Demajagua, señalamos los nombres de: María Cabrales, Ana de Quesada, Amalia Simoni, Emilia Casanova, Bernarda Toro, Emilia Teurbe Tolón, Candelaria Acosta (Cambula), Canducha Figueredo, Mercedes y Juana Mora, Blanca Téllez, Graciela de Varona, Concha Agramonte, Juana de Varona, Luz Vázquez, Lúcia Iníguez, Luz Palomares, las hermanas Manuela, Mercedes y Micaela Cancino, Juana de la Torre...

Tan sólo un puñado de ellas que supieron ponerse a la altura de su tiempo. Muchas cayeron prisioneras de los españoles y fueron sometidas a las crueldades del imperio colonial. Soportaron la prueba sin claudicaciones ni traiciones. Prefirieron perder a los esposos, padres, hermanos y amigos en el campo de la guerra a traicionar la sagrada causa por la cual habían comprometido el honor y la dignidad de ser cubanos.

Una de las figuras femeninas que mejor se destaca durante la gesta de los diez años, es sin duda alguna Ana Betancourt y Agramonte, esposa del patriota Ignacio Mora de la Pera, fusilado al caer prisionero de los españoles en el Chorrillo durante la década gloriosa del 68.

Ana Betancourt trabajó en Camagüey cuando los camagüeyanos, entre ellos su esposo, marcharon a la guerra al estallar ésta en Oriente. Su labor fue de enlace, como propagandista de la causa, avituallando a los insurrectos con balas, armas; escribir en los periódicos, etc. Cayó prisionera de los españoles en pleno campo insurrecto, después de haber asistido a la Asamblea de Guáimaro, donde tan alto supo poner el espíritu de la cubana ante los problemas políticos, sociales de la Revolución.

Después de sus avatares en el campamento enemigo, logró fugarse, después de haberle salvado la vida al esposo, que huyó donde se encontraban.

Anita Betancourt salió deportada para Nueva York, donde tuvo que trabajar como obrera en la casa de unos hebreos, en Jamaica de maestra, así como en la república de El Salvador.

Después de la Paz del Zanjón, residiendo de nuevo en Jamaica, donde recibió la triste nueva del fusilamiento de su esposo Ignacio,

regresó a Cuba. Pero ya no era lo mismo: no quedaba ni rastro de la lucha; los muertos queridos habían quedado en los campos sin que sus glorias fueran recordadas. La mal llamada paz del Zanjón era una herida demasiado grande para hombres y mujeres que amaban la patria esclavizada.

Era doloroso permanecer en la tierra amada, recién regada por sangre de patriotas. Anita Betancourt se marchó pronto de la Isla y fue a residir con una hermana en "el odioso Madrid".

De esa época son sus famosas epístolas a su sobrino Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el discípulo predilecto de José Martí. En una de ellas, fechada el 17 de junio de 1892, le dice:

0000088

"¡Que escriba yo!, ¡imposible! Ya no sé hacer nada. Con la pérdida de Ignacio y de mi independencia individual, se ha embotado mi inteligencia. Ya no soy aquella mujer inspirada que presentaba petición a la Cámara de Guáimaro, pidiéndole a los legisladores cubanos que, tan pronto como se dictasen las leyes, se nos otorgasen a las mujeres los mismos derechos que a los demás ciu-

dadanos y citaba en mi apoyo aquel pensamiento de Forbonai: "La justicia bien distribuida es el primer deber de los legisladores, es el alma y la ley de la sociedad".

"Ni soy aquella que en un meeting les decía: "Que la mujer cubana esperaba paciente y resignada esa hora hermosa en que una revolución nueva rompiera su yugo y le desatara las alas". Y que así como ellos para destruir la esclavitud del esclavo habían emancipado al negro, para destruir la esclavitud de la cuna habían jurado pelear hasta morir, debían de libertar a la mujer".

En otra misiva fechada en Madrid el 18 de noviembre de 1892, refiere: "Mañana harán 17 años que fue sacrificado por aquellos feroces militares, y todavía sangra mi corazón de esposa. No me consuela ni siquiera la idea de que murió como bueno y cumpliendo con el deber que se había impuesto de libertar a Cuba o morir en la demanda".

"La cubana, la patriota, está orgullosa del héroe; pero la esposa llora a su compañero".

También desde Madrid, en noviembre 3 de 1893, informa: "Lo de Melilla está demasiado feo. Los moros son numerosos; tienen buen armamento y son, más que valientes, temerarios. No le temen a la muerte, pues creen que resucitan en uno de los cielos de Mahoma, en donde vivirán eternamente rodeados de las mayores delicias y voluptuosidades. Se tiran en pelotones sobre las bocas de los cañones".

"Con esta guerra se han acabado los partidos: se han acallado las rivalidades y unidos los carlistas, liberales, republicanos y liberales. Todos han echado a un lado sus aspiraciones para correr en socorro de la patria".

"Si Cuba se insurreccionara en estos momentos tan propicios, sería una buena oportunidad; mas no creas que ellos dudarían ni un solo instante en abandonarlo todo, todo, para correr en auxilio de su potosí, de su vaca de grandes mamas cuya leche es oro puro".

"En el periódico "La Verdad", que me remitiste, vienen algunos artículos —refiere en otra carta, el 22 de diciembre de 1894— sobre nuestro Martí. Los que he leído llena de contento. ¡Qué dentera tendrá Trujillo!"

En Madrid, a 24 de enero de 1895, apunta Anita Betancourt: "Te mandé un número del Herald para que leyeras el suelto en el cual se daba cuenta de que en La Florida habían cogido un contrabando de armas y de pertrechos que según decían, iba para Cuba. ¿Será cierto? ¿Se habrá perdido? La mala suerte nos persigue y esos perros yanquis nos hacen todo el mal que pueden".

"Mas no hay que desalentarse por ello. Sigue impertérrito en la obra de independizar a Cuba. La sangre de los héroes que ha empapado nuestra tierra, la tierra de nuestros campos la fecundizará. En el aire flotan los gérmenes que algún día darán abundantes frutos".

"Grabemos en la mente de todos la admiración, el respeto y el culto a la idea que sustentaron nuestros antecesores".

"¡Amor infinito a la causa porque murieron! Esta es la misión que ustedes se han impuesto, llevándola ya en la prensa; ya en el folleto; ya en la tribuna".

"Martí tiene el don de conmover los corazones con su entusiasmo y su fe. Auna a una alma templada al fuego de grandes ideales una inteligencia vigorosa y cultivada. Su palabra vibrante y levantada trasmite al alma de sus oyentes sus sentimientos. Martí es un carácter".

Aun anciana, sueña que los cubanos se levanten de nuevo en armas y prosigan la lucha inconclusa, y escribe desde Madrid en febrero 6 de 1895:

"¡Qué fatalidad pesa sobre nosotros, mi querido Gonzalo! En estas circunstancias, lleno el corazón de ansiedad, esperaba que me dijeras, como lo has hecho, que no se ha perdido todo el fruto de nuestras largas labores".

"Cuando iba a darse el golpe decisivo que hubiera levantado el espíritu de aquellos pobres insulares, tan abatidos y castigados por el déspota español, la traición echa abajo el trabajo llevado a cabo con tanto sigilo que nada sospechaba el Gobierno de la Metrópoli. Puesto sobre aviso, ha salido ya un vapor de guerra y es-

tán preparando otros tres que irán a vigilar las costas, impidiendo, o haciendo muy arriesgada, la llegada de las expediciones. Han mandado embarcar algunos regimientos".

"Todo lo hacen sigilosamente".

"Si no hubiese habido un Judas, a estas horas la Revolución estaría implantada en los campos de Cuba".

"Ahora se retrasará, dando tiempo para que España tome sus precauciones".

"Los que están de enhorabuena son los diputados cubanos".

"El miedo a Martí harán que sean atendidas sus peticiones acerca de las Reformas".

68000006

"Se piensa mucho en mandar a Cuba al general M. Campos, que es el idolo de los negros libertos los cuales, en su ignorancia, creen que es a él a quien deben su libertad".

"En esta semana empezarán en el Congreso los debates sobre las reformas antillanas. Semanalmente te mandaré el Diario de Sesiones, y diariamente, los periódicos que hablan de este particular".

"Si mejora el día, que está lluvioso, iré esta tarde a llevarle tu carta a García y un número de los 6 que he recibido de "Patria". Los otros los mandaré a Cuba, Pepe me ha traído "El Porvenir". Celebro que el señor Trujillo se haya convencido de que la unión es lo que nos ha de dar el triunfo".

El 4 de febrero de 1900 vuelve a escribir: "Pero el destino me ha condenado a vivir alejado de mi tierra, a la que adoro, y en donde reposan los restos de mi noble Ignacio. La gratitud y el amor a mi hermana me retienen aún aquí. Ella ha sido una hija amante y cariñosa para mí; en los días de mi pobreza me llamó a su lado en donde no me ha faltado nada".

"Durante la Revolución hice de su casa el centro de mis trabajos, ayudándome con su peculio a favorecer a los cubanos desgraciados que llegaban presos y desnudos".

"Ella comprende mi pena y me ha rogado que la deje y vaya a gozar la felicidad de ver libre a mi Cuba; me dará los medios para que realice el viaje, asignándome una mesada. ¿Cómo dejarla en el estado tan delicado en que se encuentra? Ella tiene aquí sus intereses y para realizar lo que posee tendría que perder la mitad,

sobre todo al hacer el cambio de la moneda española por la americana. Ella cree que podremos ir allá para Octubre; pasaremos 6 meses y después volveremos a este odioso Madrid, en donde tanto sufrí durante la pasada revolución.."

La ardiente patriota no podría realizar su deseo de volver a Cuba, según la siguiente certificación:

"Certifico: Que el acta al margen reseñada, literalmente dice así: Doña Ana Betancourt y Agramonte. En la villa de Madrid a las doce y veinte minutos del día ocho de febrero de mil novecientos uno, ante el señor Don Francisco Pampillón y Urbina, Juez municipal del Distrito de la Audiencia y Don Mariano Ordás, Secretario, compareció Don Agustín Ayllón y Sánchez, natural de Madrid, mayor de edad, soltero, dependiente, domiciliado en la calle de la Concepción Jerónima, tres, cuarto bajo, habiendo exhibido su cédula personal y manifestando que Doña Ana Betancourt y Agramonte, natural de Puerto Príncipe, Isla de Cuba, de sesenta y seis años de edad, viuda, dedicada a las ocupaciones propias de su sexo, domiciliada en la plaza del Progreso, trece, cuarto principal, ha fallecido a las quince y treinta minutos del día de ayer, en su domicilio a consecuencia de bronconeumonía grippal, de que daba parte en debida forma como encargado por la familia de la finada".

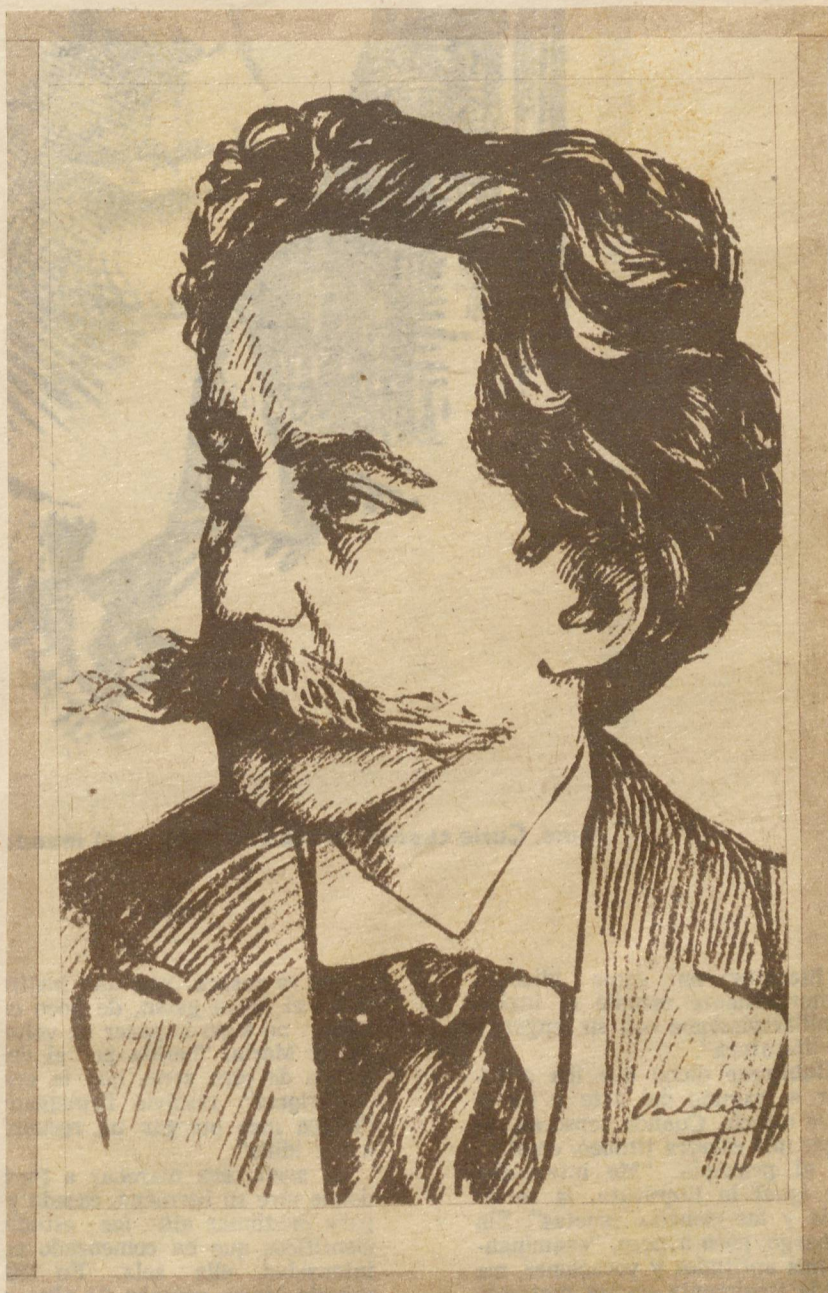
Hoy Ana Betancourt y Agramonte, la excelsa patriota, está enterrada en el Cementerio de la Sacramental de San Justo, en Madrid.



Ana Betancourt probablemente después del fusilamiento de su esposo.

TRIMONIO
CUMENTAL

0000091



Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el discípulo predilecto de Martí, sobrino de Ana Betancourt.



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

0000092



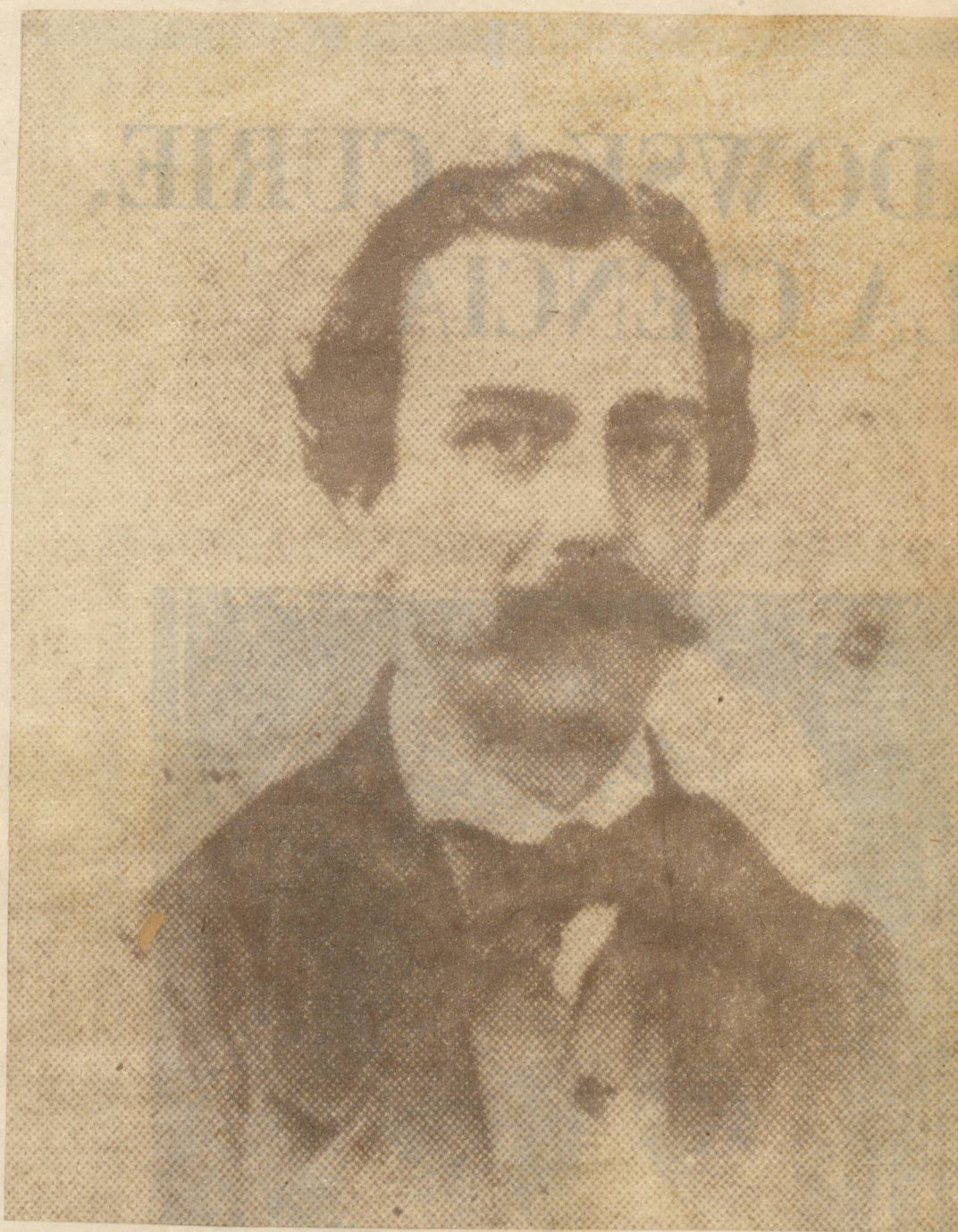
Foto de Ana Betancourt en los años finales de su vida, en Madrid.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

0000033



El patriota Ignacio Mora de la Pera, esposo de Ana Betancourt, fusilado en El Chorrillo.



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA